DISCURSO

PRONUNCIADO

EN LA FESTIVIDAD NACIONAL

DEL 16 DE SETIEMBRE,

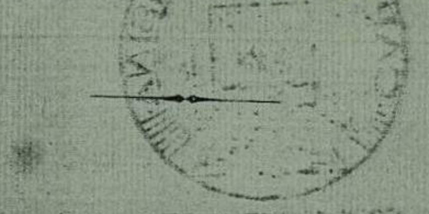
EN EL TEATRO DEL PROGRESO,

POR EL C. IGNACIO GALINDO,

ORADOR NOMBRADO

POR LA JUNTA PATRIOTICA

DE ESTA CAPITAL.



MONTEREY, 1867.

IMPRENTA DE ANTONIO MIER.
Calle de Abasolo número 36.



DISCURSO

PRONUNCIADO

EN LA FESTIVIDAD NACIONAL

DEL 16 DE SETIEMBRE,

EN EL TEATRO DEL PROGRESO,

POR EL C. IGNACIO GALINDO,

ORADOR NOMBRADO

POR LA JUNTA PATRIOTICA

DE ESTA CAPITAL.

MONTERREY, 1867.

IMPRENTA DE ANTONIO MIER.
Calle de Abasolo número 36.

DISCURSO

PRONUNCIADO

EN LA FESTIVIDAD NACIONAL

DEL 16 DE SETIEMBRE,

EN EL TEATRO DEL PROGRESO,

POR EL C. IGNACIO GALINDO,

ORADOR NOMBRADO

POR LA JUNTA PATRIOTICA

DE ESTA CAPITAL.

MONTERREY, 1867.

IMPRENTA DE ANTONIO MIER.
Calle de Abasolo número 36.







Vox populi vox Dei.

La voz del pueblo es la voz de Dios, dice una de las sentencias mas sabias y profundas que la esperiencia de los siglos que ya fueron, ha legado á la humanidad para su bien: ella es la última espresion de la democracia y la medida esacta de la verdad y de la justicia: es un instinto racional que nunca engaña, una luz que siempre ilumina, y es en fin la única sabiduria humana.

Hoy es el aniversario de la patria: la voz del pueblo pronunció su sagrado nombre en 1810, y la patria fué en 1821. El poder formidable de la metrópoli; la opinion contraria de un clero poderoso y fanático; las conveniencias é intereses opuestos de los ricos, siempre apáticos, todo cedió en once años de lucha al poder incontrastable del pueblo, que es el poseedor de ese misterioso instinto, y el único que sabe hablar el lenguaje de Dios en las solemnes ocasiones de peligro para las naciones.

La historia tantas veces repetida de la guerra de independencia de México y de las otras repúblicas hispano-americanas, no necesitamos referirla para encontrar en ella, en medio de horrores de que se avergonzarian aun los mismos salvajes, sucesos nuevos y admirables que echan por tierra los sistemas que los mas sabios políticos se han formado sobre el gobierno de los pueblos, y que colocan á los de esta parte del mundo en un camino enteramente nuevo que no es difícil adivinar á donde conduce, si se observa que la antorcha que los ha guiado en su carrera de hombres libres, de naciones independientes, no la han encendido hombres ilustrados, que no tuvieron allá al principio, sino el verdadero pueblo, que al nacer proclamó instintivamente la república, y con ella el reinado de la verdad y de la justicia.

De aquí esa tenacidad sin ejemplo con que los pueblos americanos vienen defendiendo sus instituciones contra los ataques que las clases privilegiadas les han dirigido sin piedad, minándolas traidoramente con el auxilio trasatlántico, en sus mas fundamentales bases. Pero el destino manifiesto de los pueblos está marcado por su voz milagrosa, y ese destino se cumplirá á despecho de la Europa que los insulta, porque no comprende su mision providencial, ni quiere aprender, aunque la historia lo enseña, que los vicios que trabajan á estas jóvenes sociedades son los que les ha infiltrado con su sangre y los que estan á punto de destruir para entrar derecho en la nueva vida, á que el mundo es llamado con las repúblicas americanas á su vanguardia.

Nosótros, los hijos de la América, desarrollamos, como hablando de la humanidad lo ha dicho un filósofo profundo, un plan grandioso que ignoramos cual sea, y desarrollamos al mismo tiempo nuestras facultades intelectuales y nuestra libertad: nosotros operamos, ya por superioridad ó por audacia que viene á ser lo mismo, y ejecutamos en años lo que el resto del mundo no ha conseguido en el transcurso de muchos siglos: nosotros, esparcidos, perdidos en este inmenso desierto que separa el cabo de Hornos del estrecho de Bering, sin comunicacion casi los unos con los otros, tenemos, sin embargo, un solo pensamiento, un solo espíritu, la república, y sin concertarnos, y en lenguas distintas y con medios diversos contribuimos á un solo fin, porque pensamos con libertad y con libertad queremos tambien.

hombres juegan cuando sostienen principios, ante cuyo triunfo es fuerza que desaparezcan para que aquellos se salven, y por no haberse detenido á meditar sobre la significacion misteriosa y sublime de la sentencia que iguala la voz del pueblo á la voz de Dios, han ecsistido los tiranos. Contra ellos y contra los que los forman, atribuyéndoles esclusivamente lo que de otra parte les viene, diremos siempre: *Vox populi vox Dei*, y repetiremos con el Presidente en su solemne recepcion en Méjico.

"Las felicitaciones que se me dirijen conmueven profundamente mi gratitud, y los elogios con que se ensalza mi conducta no me envanecen, porque tengo la conciencia de no haber mas que cumplido con mis deberes como cualquiera ciudadano que hubiera estado en mi puesto al tiempo de ser agredida la nacion por un ejército estranjero .... No llego á Méjico como conquistador: le traigo, no el terror para los vencidos, sino la libertad y la paz de que deseo comiencen á gozar desde hoy todos los habitantes del país sin distincion alguna, y espero que este deseo será cumplido con el concurso de la nacion, á la cual se debe el triunfo que hoy celebramos." Y anunció despues en un brindis que la nacion tendria pronto la oportunidad de elegir á su gefe y á sus representantes, recomendando que para esta eleccion no se preocupara el país con los méritos contraidos durante la guerra, porque los hombres suelen envanecerse con la gloria y contraer en el poder un hábito pernicioso."

Estos conceptos encierran una resolucion grande de su autor, y traen un recuerdo del inmortal Washington, á quien seria posible esceder con una accion igual á la suya, y que Méjico necesita mas en este tiempo que la patria de aquel grande hombre en el suyo. Estos conceptos, los traducimos nosotros por la protesta mas patriótica contra las tendencias antirepublicanas de varios gobernadores que ya proclamaban su candidatura para las pròcsimas elecciones, y que están pervirtiéndo, acaso sin saberlo, el buen sentido del pueblo, porque le arrebatan uno de los mas hermosos títulos de gloria que ha conquistado con su sangre; le roban el argumento mas fuerte de su defensa contra los que lo tachan de servir á personas y no á principios, y le arrastran y hunden en el cieno del servilismo, por consideraciones de gratitud y reconocimiento que no son mas que amenazas contra la libertad y convites al despotismo y á la tiranía, que las mas veces se han sentado sobre esas bases.

Al hijo de la democracia no se le debe premiar con la mano de la República como en un torneo se premiaba al vencedor con la de la doncella, reina de la fiesta. Así lo pretenden, sin embargo, esos tutores facticios que ahora han aparecido enseñando al pueblo lo que le conviene hacer en las prócsimas elecciones, é imponiéndole obligaciones que son un absurdo para los verdaderos républicanos, quienes para dar ó retirar los poderes públicos no deben reconocer otra regla que su opinion.

Despues de las solemnes palabras que hemos escuchado del caudillo del pueblo en esta segunda guerra de independencia, y despues de las consideraciones que hemos indicado, nos creemos autorizados para esperar que el C. Benito Juarez, firme en su propósito, aunque importe un sacrificio, desoiga las voces que lo llaman, porque no son las del pueblo, y se retire léjos del huracan de las opiniones con el depósito sagrado de la buena fama y glorias de la patria, á representar como un monumento vivo, todo un mundo de recuerdos, todo un munde de esperanzas.

Hijo del pueblo, Juarez está obligado á cuidar la gloria conquistada, con la misma devocion con que se nos cuenta que las Vestales cuidaban el fuego sagrado de sus Divinidades: esa gloria pertenece al pueblo, y de ella debe sacar y tomar cuanto necesite para su futuro bienestar, como tomó de la de sus antepasados Hidalgo y Morelos, Guerrero é Iturbide, lo que le faltaba para consumar la obra que ellos empezaron.

No, no es posible que el pueblo, á quien Juarez debe tanto, y que este insigne ciudadano, á quien tambien se debe mucho, se engañen en estos momentos de pública espectacion: para vivir unidos deben separarse; y pensando siempre en que no hay hombres necesarios en una República, seguir el uno las inspiraciones de su buen sentido, y el otro retirarse para modelo de los gobernantes venideros. Insistimos en esta idea, por-

que no confiamos ni podemos confiar, en que la gratitud del pueblo, puramente facticia, sea la razon que abone la imprudencia de sujetar todavía á prueba, con gravísimo perjuicio público, las virtudes reconocidas del que por diez años las ha acrisolado con el fuego vivísimo de dos poderosas revoluciones, cuyas oleadas no pudieron ahogarlo porque se dejó llevar sobre ellas, como quien obedece á una ciega fatalidad que se escapa á toda ciencia y voluntad.

En la vida de los hombres públicos, como en la de los pueblos, hay épocas muy críticas en que es preciso pararse á contemplar el pasado y reflecсionar sobre el porvenir, con calma y sin ambicion, si se quiere dominarlos. Hay épocas para las naciones, y particularmente para los hombres públicos, en que necesitan ser como los rios, que crecen é inundan los campos y los valles, y luego se retiran y se recojen dentro de sus antiguos límites para que sea provechoso su crecimiento.

Pero habiamos olvidado que aquí nos ha reunido el gran dia de la patria en que se ha acostumbrado evocar recuerdos de nuestros antepasados, y con el elogio de sus virtudes preparar á su posteridad para que realice en un tiempo el gran fin de las repúblicas, que es, bajo un régimen cristiano, la union de todos los hombres como hermanos; y no nos pesa este olvido, porque nuestra historia es contemporánea y no tiene pasado: las alabanzas que tributamos á los insurgentes últimos pertenecen tambien á los primeros. Aquellos héroes nos escuchan desde sus mansiones eternas, y nos perdonan que no tomemos sus nombres sino para pedir en obsequio suyo á sus actuales hijos, no el sacrificio de sus vidas, tampoco el derramamiento de mas sangre, de que ya no se necesita, sino obediencia ciega á la ley, la muerte de toda ambicion, y la ofrenda ante el altar de la patria de la propia fama, de que no hemos sabido desprendernos.

Este es el voto unánime de todos los ciudadanos, y esta la necesidad en que nos ha colocado una mitad de nuestra sociedad, nuestras madres, nuestras esposas é hijas con sus sufrimientos y peligros, cuando las hemos visto gemir por la patria agonizante y humillada, ó por sus deudos asesinados; cuando en medio de las ciudades y delante de los enemigos, vestido el corazon de luto, lloraban por nuestras derrotas; ó cuando huyendo por los desiertos, olvidaban su casa, su familia y propias fatigas para pensar en los deudos ó amigos que combatían, para sufrir ó alegrarse con ellos á la noticia de su mala ó buena fortuna. Estos impulsos, estos desprendimientos que ellas no veian como sacrificio, aunque se tratara del hijo ó de otra persona querida que por defender á su patria las córtes marciales ahorcáran como á unos bandidos, es lo mas real, es lo mas verdadero en nuestra historia última, tan verdadero como las lágrimas que derramaron, y las congojas y miserias que sintieron esos seres débiles y sufridos, que con su sublime desprendimiento y con sus lágrimas nos están obligando, sin pedírnoslo, á darles una patria grande y respetada que los ponga al abrigo de tales padecimientos, y que, sin pensarlo tambien, nos están dando lecciones del mas puro patriotismo. ¿Preguntan acaso por los hijos de sus entrañas ó por los padres de esos hijos que jamas volvieron de la campaña? Saben que murieron, y lloran en silencio; saben que vencieron, y bendicen su muerte. Esto que seria el bello ideal de la perfeccion del amor patrio, es, sin embargo, lo mas positivo y lo mas generoso, porque esos millares de mexicanas que estaban ligadas con los que peleaban, han sufrido mas, han hecho mas que los mismos combatientes, á quienes alhagaba siquiera la gloria; pero ellas no han recojido mas que los cuidados de su ternura, las ecsigencias de sus deberes y la amargura de sus pérdidas. Ellas son patriotas por excelencia, y para la vida política pueden ser un modelo acabado de abnegacion y sacrificios, pues no esperan ni piden recompensas.

Todos los acontecimientos de nuestra historia, conciudadanos, asi pasados como presentes están manifestandonos la accion creadora y poderosa de la voz del pueblo: la patria, sus instituciones repúblicanas, su constitucion de 57, sus leyes de reforma, y sus héroes, todo ha nacido de allí. Ahora ya nos hace escuchar las palabras de paz, de plena libertad en el ejercicio de su derechos, de progreso y siempre progreso, y nadie debe oponerse á su omnipotente voz, porque es como la voz de Dios. ¡Viva la República!—Dije.

Los prodigios que solo el republicanismo puede hacer, están patentes en el último conflicto de los Estados-Unidos, para desechar la ominosa plaga de la esclavitud por sobre las trabas que su Constitucion le presentaba, y resaltan mas en los esfuerzos heróicos con que México, sin ejército, sin tesoro y casi muerto por la guerra de tres años por que acababa de pasar, aceptó solo el reto de tres grandes potencias europeas, y lleno de entusiasmo salió á combatirlas, é invencible con su justicia las desbarató en los consejos, y valiente en los campos de batalla derrotó sus ejércitos.

Cuando México pasaba por esta prueba terrible, los cálculos humanos lo consideraron destituido de remedio, y México se salvó, lo estamos viendo, porque el pueblo dejó oir su voz, y ante ella fallaron las previsiones del político infalible de la Europa; la ciencia administrativa de un descendiente de cien reyes fué una mentira; los millones del erario francés con sus aguerridos soldados una burla; la influencia del clero y riquezas de la aristocracia de pergamino del tiempo de los vireyes, un sarcasmo, y vanidad, la ilustracion de los políticos, de los jurisconsultos de la escuela conservadora que leyó en el libro del porvenir la ruina de su patria, estando allí escrita la suya propia, al lado de la gloria é inmortalidad de México.

Despues de un triunfo tan espléndido como el que alcanzó la República sobre sus enemigos interiores y esteriores, seria poco noble en tan augusto dia contar las iniquidades que unos y otros cometieron contra los derechos mas santos de la humanidad. Por respeto á ésta callaremos, y esperaremos á que la historia nos vengue cubriendo de infamia y lodo los nombres de sus autores. Tampoco diremos una palabra de los medios artificiosos y rastreros que nuestros enemigos hicieron valer para enseñorearse de México, porque todos los conocemos, y porque en el estado á que se habia llegado era un mal necesario que sobre él descargara una horrible tempestad, para que su atmósfera política se limpiara de cuanto la dañaba, y para que con la conciencia de su poder y de su fuerza recobrara la confianza que habia perdido por las calumnias de sus propios hijos y de los estraños.

Una encarnacion y personificacion de los vicios que debian desarraigarse, y preocupaciones que debian estirparse, todo junto se nos ofreció en Maximiliano, representante del derecho divino de los reyes, en el ejército invasor. de las preocupaciones europeas sobre los derechos de conquista, y en Miramon y Mejía sobre las tendencias serviles de las clases privilegiadas; y todo junto se ha enterrado en el sepulcro abierto en Querétaro, donde el clero, los restos del antiguo ejército y todo el partido conservador, han podido ver que ellos nada pueden, porque ellos no son el pueblo, porque no tienen su poder, ni sus ideas, ni sus sentimientos de dignidad y de valor, ni, con su esmerada educacion, siquiera su saber.

En medio de las desconsoladoras decepciones que tuvo la patria en sus dias amargos, es grato ver revelados sus destinos en la existencia simultánea de ciudadanos eminentes que sellaron con su sangre los principios republicanos, y en herencia le han dejado una reputacion inmaculada. Lerdo de Tejada, Ocampo, Degollado, Doblado y La Fuente con otros muchos, son nombres que no se pueden pronunciar sin respeto, y aumentan el catálago de los héroes, legándonos, ademas del ejemplo de sus virtudes públicas, la conviccion de que capacidades grandes como las suyas caracterizan por siempre la vida de los pueblos. La Fuente, inspirado por el conocimiento que tenia de sus paisanos, siendo nuestro ministro en la corte de Francia, hizo resonar palabras que ningun representante de las primeras potencias europeas se habria atrevido á pensar. Cual otro Demarates, él solo tuvo valor para decir la verdad al nuevo Xerxes, anunciándole el precipicio á que su ambicion lo arrastraba; y con la entereza de aquel antiguo espartano representó á Napoleon III que se equivocaba respecto del carácter y condicion del pueblo mexicano, y torpemente lo engañaban los que le ofrecian una conquista fácil de su territorio. El ejército francés se alejaba huyendo de nuestras playas, y Maximiliano era prisionero de los

republicanos, cuando murió este distinguido mexicano; á quien Dios concedió vér elevada muy en alto su bandera, como él lo deseaba, y dormir á la sombra de esa bandera victoriosa el sueño de la inmortalidad.

Los héroes que mecieron la cuna de esta patria cuyo nacimiento hemos venido aquí á celebrar, se honran mas con los hechos de sus descendientes que nos ocupan, que con los propios. y por esto se nos disimulará que toda nuestra atencion la dediquemos á la época actual, tan llena de vida y de esperanzas.

México tiene todas las condiciones indispensables para cimentar la paz, que son en primer lugar, las de que ecsiste un pueblo que tiene conciencia de sus derechos, grandeza en su ambicion, un sentimiento pronunciado de su plena independencia como nacion y una firmeza de ideas sobre todo esto, que es forzoso concederle voluntad y capacidad para constituir un gobierno, que, como el que ha estado á su frente, tenga todas estas cualidades, sin las que no habria salvado al pueblo, ni reducido dentro de sus límites á esas entidades que llamábamos clero, ejército y grandes propietarios, que con su vida separada y sus intereses contrarios á los de la gran comunidad, ponian trabas al desarrollo del pueblo, que en la constante lucha que ha venido sosteniendo se ha unido en ideas é interéses, y dispuéstose para su regeneracion, levantando sobre su opinion un gobierno poderoso.

Solo así se esplica porqué la nacion con la espontaneidad de un hombre, respondió al llamamiento de su gobierno cuando aceptó el desafio de la Europa coligada; y no mas de este modo se comprende cómo esa misma nacion, fugitivo su gobierno y débil por las derrotas y por la necesidad que tenia de pesar sobre las propiedades de los particulares, lo recibiera con los brazos abiertos como áncora de salvacion, y acatara sumisa sus disposiciones. Para acabar de amalgamar los intereses nacionales y de consolidar el buen sentido político de la multitud ignorante del pueblo, era necesaria una peregrinacion de las autoridades supremas bajo las desfavorables circunstancias que se acaban de indicar, para que se palpara la majestad de la soberanía popular.

Todo esto es sorprendente; pero nada puede equipararse á la actitud de la República durante la guerra con la intervencion unida al Imperio, que ensayó mejoras materiales y reformas sociales para adormecer, la fuerza de las armas para hacerse temer, y los mil recursos que ha inventado la ambicion y la codicia para engañar y dominar.

La nacion en masa se sublevó contra tales artificios, y voluntariamente nunca obedeció sino al que era depositario de los títulos que ella le habia dado, y que se defendieron con valor para darle paz y restituirle su poder, y para vindicarla de los ultrajes y calumnias con que han querido mancharla esos pueblos de mercaderes que hacen consistir el progreso de la humanidad en la adquisicion de dinero, y que, engolfados en su codicia, olvidan que la historia enseña que los esfuerzos de los pueblos se dirijen en casi todas sus luchas á colocarse bajo el amparo de gobiernos legítimos que los rijan conforme á la razon y al derecho.

La accion incesante de este mismo pueblo contra sus formidables opresores que nunca pudieron domar su carácter, y la resistencia que oponia á la enseñanza que se le daba por la prensa, en el púlpito y de todas maneras, elevan muy alto su patriotismo y su fé, que se sobrepusieron al poder mas formidable aún que el de los ejércitos franceses. el de esa parte influente de hombres ilustrados que se deslumbraron quizá con el brillo de las bayonetas, y en un momento de debilidad dudaron ó desesperaron de la salud de su patria. Y no se sabe qué admirar mas, si el conjunto de virtudes requeridas para resistir á tantas fuerzas reunidas en su daño, ó la coincidencia singular de haber elejido para esta época de pruebas un magistrado que las personificara todas, por decirlo así, y de quien con esactitud pudiera decirse que en él se reflejaba el pueblo con su valor, con su fé, su energía, su heroicidad y su magnánimidad. Ese magistrado á quien ha proclamado grande la Europa, y calificado de héroe la América, con la humildad de un hijo del pueblo se confiesa su instrumento.

Por no haber pensado bastante en esto; por no haber considerado bien el papel que los